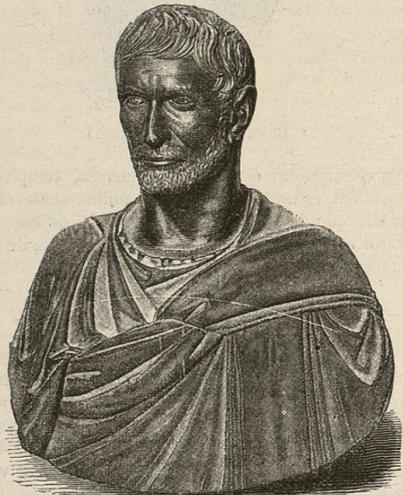


podía ser dominada. No solo la escuela política, que honraba en Catón al último romano, se puso al frente de la oposición literaria que duró hasta la época de los emperadores Flavios; no solo aun aquellos á quienes César trataba con personal distinción, como acontecía con Cicerón, ó á quienes había favorecido en momentos críticos, le profesaban mas ó menos enemistad, sino que tambien entre los antiguos partidarios democráticos de César existía profundo desacuerdo. Era inevitable que los hombres inútiles de este partido se mostrasen descontentos de César por no haberles permitido satisfacer sus ilícitas ambiciones. Otros se quejaban de que el imperator tratase amistosamente al partido sojuzgado. Pero los mas peligrosos eran aquellos que se creían engañados, unos porque veían convertido en soberano al caudillo del pueblo, otros porque no consideraban hartó bien recompensados sus servicios. Cuanto mas se acercaba la situación del imperator al antiguo poder real, tanto mas claro se veía que el victorioso regreso de César de la guerra contra los partos había de fundar y consolidar el régimen monárquico. La indignación subió de punto en aquellos, de los mas apasionados políticos, que se sentían aguijoneados por la impremeditada presión de algunos exaltados cesarianos, al ver que César desplegaba toda la pompa exterior de la monarquía y olvidaba en muchos puntos la etiqueta republicana.



M. Junio Bruto (Roma, Capitolio)

Durante la primavera del año 44, los elementos descontentos de toda clase tramaron una conspiración contra la vida de César. Entre los conjurados, que eran en número de sesenta, contábase Décimo Bruto y Cayo Trebonio, antiguos partidarios del imperator; pero el principal de todos ellos era aquel audaz Cayo Casio Longino, que despues de la muerte de Craso había salvado la Siria, y que despues de la batalla de Farsalia había sido perdonado por César y se había ligado íntimamente con el nuevo señor de Italia. El orgullo republicano de aquel personaje sombrío, pretor á la sazón, que vivía como los antiguos romanos, y las heridas de su amor propio, mortificado, le constituyeron en iniciador y alma de esta conspiración. El carácter mas noble entre todos los conjurados era M. Junio Bruto, pretor de la ciudad, nacido en 85, hijo de aquel Bruto á quien Pompeyo había asesinado, por ser amigo de Lépido, y de la hermosa Servilia,

hermanastra del severo Catón. Hombre grave y austero, honrado como su tío (aunque su historia tenía dos manchas que eran haber ejercido la usura en Capadocia y en la Salamis chipriota, y haber consentido la infame conducta de sus agentes), habíase decidido, al estallar la guerra civil, y no sin tener que vencer su gran repugnancia para ello, á combatir en las filas de la nobleza á las órdenes de Pompeyo. Esto no obstante, despues César le favoreció y distinguió mucho, confiándole, en el año 46, el gobierno de la Galia cisalpina, ya porque era un hombre excelente, ya por atención á Servilia, con la cual César mantuvo ilícitas relaciones, bien que mucho despues del nacimiento de Bruto, y cuando aquella volvió á casarse á disgusto de Catón, relaciones que recordó el imperator durante toda su vida. Aunque ardiente republicano, entusiasta adepto de la filosofía académica, y casado desde el año 45 con Porcia, orgullosa hermana de Catón y viuda de Bibulo, costóle mucho á Casio atraer á la conjuración al hombre que llevaba el mismo nombre que el primer *libertador* y fundador de la república, á aquel Bruto poco práctico que despues por su inconsecuencia perjudicó su causa aconsejando á sus cómplices que respetaran la vida del cónsul M. Antonio, que era el mas fuerte y mas inteligente de todos los cesarianos.

Desgraciadamente para el mundo romano el sangriento plan obtuvo el mejor éxito: los asesinos escogieron la última sesión del Senado á que debía asistir César, antes de partir para el Asia (15 de marzo del año 44), para poder herir con mas seguridad á su víctima: y efectivamente, en dicho día pudieron rodear y asesinar públicamente con sus puñales al imperator en una sala del teatro de Pompeyo. Acribillado con 23 heridas cayó exánime aquel héroe al pié de la estatua de su antiguo rival. El inaudito crimen se había consumado, y las consecuencias no tardaron en tocarse: Marte presidía el mundo, así es que debieron trascurrir 14 años de crueles luchas antes de que el imperio romano, completamente extenuado, pudiese encontrar la tranquilidad en manos de un hombre muy mediano, del sucesor y heredero de César.

VIII.—MARCO ANTONIO Y LOS ASESINOS DE CÉSAR. LA POLÍTICA DE MARCO ANTONIO

Reproduciendo las célebres palabras de un moderno hombre de Estado, podemos decir que el hecho llevado á cabo por Bruto y Casio «fué peor que un crimen, fué una torpeza.» Pronto se vió que había sido una terrible locura. Toda la inteligencia de los conjurados se había circunscrito al golpe que había de poner fin á la vida del romano mas grande de aquella época, sin que hubiesen trazado plan alguno para lo que despues había de venir. Los asesinos, desconocedores de la situación del mundo, así como de la del pueblo y el Estado romanos, creyeron, al parecer, que bastaba acabar con el tirano para conseguir el restablecimiento de la república.

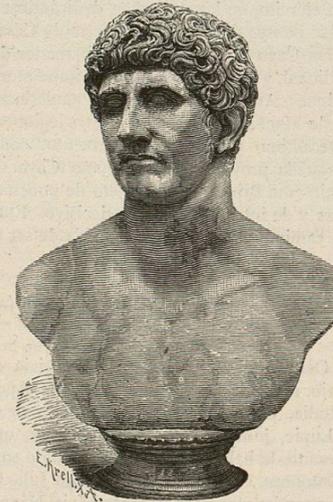
La primera consecuencia de aquel crimen fué que Roma se sintió presa de mortal terror: los senadores huyeron atemorizados; cerráronse las tiendas y las casas de la capital á toda prisa, y las calles quedaron desiertas. A los gritos de los asesinos que por todas las calles proclamaban la libertad conseguida, contestaba el mas profundo silencio, no quedando á aquellos mas recurso que retirarse con sus gladiadores al Capitolio. Nadie sabía y que iba á suceder, ni aun los mismos vencedores; así es que trascurrieron el día 15 y el 16 de marzo, sin que se tomara decisión definitiva alguna. Lo que les auxilió un poco fué que en la tarde del 15 algunos



M. Junio Bruto

senadores, entre los cuales se contaba Cicerón, acudieron al Capitolio para deliberar acerca de lo que debía hacerse. Aquellos hombres que como partidarios de la antigua constitución no tenían medio alguno para hacerse con el poder sin violarla, no encontraron mas remedio que entrar en tratos con el hombre que había de ser naturalmente su adversario, es decir, con M. Antonio, en aquella sazón cónsul, que ya había dado todos los pasos necesarios para tomarles la delantera.

Marco Antonio, nacido en el año 83, de quien hemos hablado ya distintas veces, era considerado por los romanos



Marco Antonio

como un excelente oficial y decidido partidario de César, quien le había dejado varias veces como representante suyo. Sabíase tambien que había sido hasta entonces uno de los jóvenes romanos mas cargados de deudas, pues á los 24 años debía ya 4.765,000 reales, y que había cultivado ilícitas relaciones aquende y allende el demi-monde. El matrimonio que en 46 contrajo con la ambiciosa Fulvia, viuda de Curion, hizo variar de conducta en Roma. Muerto su mayor amigo, hubieron de reconocer los romanos que en aquel hombre, cuya perseverancia y elasticidad moral se despertaban en las circunstancias difíciles, se escondían dotes nada comunes de militar y de prudente y astuto político. Dotado de cierta caballerosidad, de un aspecto imponente, de una palabra seductora y tribunicia, y de otras cualidades que le atraían las simpatías, pudo concebir rápidamente y llevar á cabo el pensamiento de ser el vengador y el heredero de César. Pero tenía que proceder con cierta circunspección; pues no solo creía con fundamento que debía temer por su seguridad personal, sino que no tenía la certeza de que, muerto César, los otros grandes oficiales del imperator se mostrasen dispuestos á ponerse á sus órdenes. Sin embargo supo manejarse hábilmente en lo exterior, protegido personalmente por sus hermanos Cayo y Lucio, que eran entonces el primero pretor y el segundo tribuno de la plebe.

En cuanto comprendió que los asesinos no atentaban contra su vida, apoderóse como cónsul, durante la misma noche del 15 al 16 de marzo del año 44 y por medio de un rápido golpe de mano, del tesoro público y del de César, que ascendían juntos á mas de 740 millones de reales, y persuas-

dió á la aterrorizada viuda de César, Calpurnia, de la conveniencia de entregarle los papeles del difunto. Al mismo tiempo se atrajo á otro gobernante cesariano, Lépido, gobernador nombrado para la Narbonense y el Norte de España, que había regresado con sus tropas á Roma, hombre, noble sí, pero poco político, prometiendo hacerle pontífice máximo y ofreciéndole otras ventajas. Cuando en 16 de marzo los asesinos comenzaron á entrar en negociaciones con Antonio, este les citó ante el Senado al cual convocó para el siguiente día en el templo de la diosa Tellus, donde se tomaron acuerdos definitivos. Antonio, con su habilidad, consiguió que el Senado tomara una disposición que, estableciendo cierto acuerdo entre los partidos, había de ser en lo porvenir altamente provechosa al astuto calculista. La muerte de César no fué aprobada, pues esto hubiera significado declararle tirano y poner en tela de juicio todas sus disposiciones, demasiado ventajosas á muchos de los que en el debate entraron, para que pensasen en derogarlas. Concedióse sin embargo amnistía á sus asesinos y se prometió reconocer las leyes de César, así las ya conocidas como las que se encontraran entre sus papeles.

El pueblo creyó segura la paz, sobre todo cuando en la tarde de aquel mismo día se pactó una formal reconciliación entre Antonio, Lépido y los asesinos. Pero entonces comenzó Antonio sus intrigas que pronto debían conducirle á la consecución del objeto que se proponía. Los funerales de César forman parte de las horrorosas escenas que la historia antigua nos ofrece y que ha hecho inmortales uno de los mejores poetas (1). Antonio había tranquilizado á la aristocracia, despues del acto de la reconciliación, por distintos medios, entre ellos el de hacer decretar al Senado la abolición para siempre de la dictadura, y la pena de muerte para el que quisiera restablecerla. Pero el león enseñó de repente sus uñas. Debía leerse públicamente el testamento de César y debían celebrarse luego pomposos funerales por su muerte: la lectura del testamento operó una gran reacción, pues en él se legaban grandes presentes para el pueblo y para muchos de los hombres que habían tomado parte en su muerte, entre ellos para Décimo Bruto. Cuando poco despues, el cadáver del emperator fué expuesto en el Foro ante una inmensa multitud, para luego ser quemado en el campo de Marte, Antonio pronunció la oración fúnebre, logrando con la habilidad que desplegó en los elogios al difunto, despertar poco á poco una gran agitación contra sus enemigos y asesinos. La presentación de la toga de César despedazada por los puñales de los conjurados, y de una figura de cera que representaba á la víctima con sus 23 heridas, encendió la cólera en el pueblo y entre los veteranos presentes. El cadáver fué quemado en el mismo Foro y en una hoguera tumultuariamente levantada, hecho lo cual las furiosas masas se lanzaron por las calles de la ciudad cometiendo innumerables violencias y amenazando de muerte á los asesinos de César. Estos pudieron escapar del furor de las masas; pero no se contaron seguros en Roma, por mas que Antonio procuró tranquilizar á la aristocracia mandando prender y dar muerte á un tal Herófilo ó Amatio, agitador que se llamaba á sí mismo Cayo Mario, que se decía nieto del antiguo general de Arpino y que en la primera mitad de abril produjo en las masas una fanática agitación en sentido cesariano. Este movimiento dióle pretexto para rodearse de una guardia de 600 veteranos. De esta suerte el gobierno de Roma se encontró en manos de Antonio: los optimates y los asesinos se vieron entonces en una situación poco agradable,

(1) Creemos que alude á Shakespeare, cuya conocida tragedia *César* es en efecto una obra inmortal. (N. del T.)

que decidió á los primeros á marcharse á sus residencias itálicas y obligó á los segundos á abandonar por distintos modos, á mediados de abril, la ciudad de Roma. Décimo Bruto marchó á la provincia cisalpina que César le había adjudicado para el siguiente año, Cayo Trebonio se encaminó al Asia y Tilio Cimber á Bitinia. Casio y Bruto, que, como pretores, no podían permanecer mas de diez días ausentes de la ciudad, se vieron en situacion muy crítica, de la cual les sacó Antonio consiguiendo para ellos del Senado un mandato, que les permitía permanecer fuera de Roma, sin descuidar por eso su mision de proveer debidamente de viveres á la capital.

Antonio había facilitado de muy buen grado la ausencia de Bruto y Casio, pues le convenia tenerles léjos de Roma para entre tanto, abusando de los papeles y de los tesoros de César, ir ensanchando cada vez mas su poder. Apoyado por el astuto Faberio, secretario particular de César, publicó una serie de disposiciones cesarianas que favorecian los intereses del nuevo gobernador, vendiendo por fuertes sumas de dinero aquellas en virtud de las cuales los habitantes libres de Sicilia obtenían el derecho de ciudadanía romana. Deyotaro conservó la Pequeña Armenia y la comarca de los trocnes gálatas (pues Mitridates de Pérgamo había sido vencido por el usurpador Asandro en la lucha entablada para la posesion de la nacion) y los cretenses quedaron libres de contribuciones; todo esto valió grandes riquezas á Antonio. Estas sumas y el tesoro publico sirvieron para cubrir sus disipaciones y para captarse el apoyo de los veteranos, á quienes atrajo á su causa además con una ley agraria que presentó en abril su hermano Lucio y que les señalaba varios terrenos de las ricas comarcas del Samnio y de la Campania.

Poco á poco se iba desarrollando el gran plan político de Antonio: apenas los asesinos de César hubieron abandonado la ciudad de Roma, aconsejó á su colega en el consulado, Dolabella, con quien no estaba en muy buenas relaciones, que aceptara el mando de la provincia de Siria, que César había reservado para el año siguiente á Casio y que le sería confiada por plebiscito, mientras al mismo Antonio le daría el Senado la Macedonia, destinada á Marco Bruto, indemnizándose á éste y á Casio con la promesa de otras provincias, y confiándoseles por de pronto (5 de junio) las de Creta y Cirene, para que pudieran proveer de viveres á la capital. Poco le importaba á Antonio la Macedonia; lo que realmente le interesaba eran las seis legiones allí concentradas para la guerra contra los partos, y de las cuales solo se dió una á Dolabella. Antonio no pensaba en la resistencia de los getas del Danubio, como había manifestado; lo que se proponía era sacar de la península de los Balkanes aquellas tropas escogidas, luego que Lépidó hubiese conducido su ejército á Narbona y á España, y ocupar con ellas la Galia cisalpina, comarca cuya posesion creía necesaria para dominar la península y para llevar á cabo sus ulteriores planes políticos. Como Antonio, hasta fines de junio del año 44, se había esforzado por conservarse en buenas relaciones con el Senado y con los jefes de los asesinos de César, el éxito coronó esta infraccion, ya manifiesta, cuando exigió del Senado la cesion de la provincia de la Alta Italia que se encontraba en manos de Décimo Bruto, y en vista de la natural é invencible resistencia de aquella asamblea, trató de realizar sus deseos llevando la peticion á la asamblea popular. De ésta suerte, se proclamaba públicamente en principio una nueva guerra civil.

La lucha, sin embargo, no estalló en seguida: mientras el Senado se creyó débil é impotente y no pudo descubrir por ningun lado los elementos de fuerza, que hubieran podido auxiliarle en sus ataques contra Antonio, conservó este durante muchas semanas, su incontestable supremacía en Ro-

ma, hasta que al comenzar el otoño del año 44 se precipitaron los acontecimientos en distintos puntos del Estado.

Bruto y Casio habían comprendido por fin que Antonio no alimentaba respecto de ellos intenciones de paz. El rompimiento vino por último en 4 de agosto: Bruto y Casio se lo notificaron formalmente al cónsul, y á principios de setiembre emprendieron su viaje á Oriente. Pronto se supo que en vez de dirigirse á Creta y á Cirene se habían encaminado hácia sus antiguas provincias de Macedonia y Siria para crearse en ellas una fuerte situacion militar. En España, Sexto, el hijo de Pompeyo (nacido en 75) que había sobrevivido á la batalla de Munda, despues de la cual se había refugiado, con los restos de su ejército, en las montañas, dedicándose al bandiderismo, había conseguido desde la muerte de César algunas victorias sobre Cayo Asinio Pollion, gobernador de la provincia meridional, y se encontraba, como imperator, al frente de siete legiones. Antonio, por su parte, paulatinamente había llevado de Macedonia á Brindis cuatro legiones, y levantado en este último punto un campamento, confiando el mando de aquella provincia á su hermano Cayo. En 9 de octubre partió para Brindis con el objeto de ponerse al frente de las tropas y de intentar un golpe decisivo. Entonces se cruzó en su camino el que despues había de ser su afortunado rival.

IX.—RIVALIDAD ENTRE OCTAVIANO Y ANTONIO: DERROTA DE ANTONIO EN MUTINA

El jóven Octavio, al recibir la horrible noticia del asesinato de su tío, se había apresurado á salir de Apolonia y á dirigirse á Italia, desembarcando á principios de abril del año 44 en Lupie, junto á Brindis, donde supo que César, en su testamento, le había adoptado é instituido su heredero universal. Entonces, con el nombre de Cayo Julio César Octaviano, se encaminó apresuradamente hácia Nápoles y Roma, decidido á tomar posesion de la herencia de su padre adoptivo, á pesar de los escrúpulos y consejos de su madre y del segundo marido de ésta. Desde entonces pudo presentirse que llegaría un tiempo en que los asesinos de César habían de sufrir la venganza de este jóven, de débil y enfermizo cuerpo, que reunía á su belleza y atractivos personales un talento privilegiado, dotes políticas excepcionales, y una precocidad, astucia, habilidad y energía que muy pronto debían asombrar al mundo entero.

Antonio recibió con frialdad y altanería al heredero de su antiguo amigo, considerando durante mucho tiempo á su rival de un modo que mas adelante había de serle funesto. Octaviano, en cambio, hizo el sacrificio de sus bienes propios para atraerse el favor del pueblo, cumpliendo los legados testamentarios y otras promesas de César, no cumplidas por Antonio, favor que los veteranos concedieron pronto al hijo de su antiguo é inolvidable general. Octaviano, como buen jugador en la partida que iba á entablarse, habíase aliado con Ciceron y con el Senado, para crearse junto y contra Antonio una posicion fuerte en esta asamblea, que, á su vez, veía en él un apoyo contra este gobernante. Entre tanto, las relaciones entre Octaviano y Antonio habían tomado, al parecer, un carácter mas amistoso.

Pero á fines de setiembre, se declararon estos dos hombres en abierta hostilidad, por haber Antonio acusado á Octaviano de querer atentar vilmente contra su vida. Por aquel mismo tiempo la situacion del cónsul era tambien hostil respecto del Senado, y Ciceron pronunció aquellas temibles invectivas orales y escritas contra Antonio, que fueron conocidas con el nombre de Filípicas, á imitacion del nombre dado á los discursos políticos de Demóstenes; todo lo cual había decidido

á Antonio á prepararse para conducir su ejército desde Brindis á Roma y á la Alta Italia. Cuando Octaviano se vió amenazado, apeló tambien á la fuerza; por medio de cuantiosos donativos y de grandes promesas, reclutó mil veteranos de César, establecidos en Campania, formó con ellos y otros soldados tres legiones y se puso en intimas relaciones con el Senado, el cual, bajo la influencia de Ciceron, le ofreció decidido apoyo. Antonio fué bastante imprudente para cometer varias faltas graves. La muerte de César y el desórden general que produjo el trabajo político de Antonio dieron á comprender pronto á los veteranos que en ellos residía el único poder robusto de aquel tiempo. Italia había de conocer en breve los funestos efectos de la dominacion militar. Convencidos los soldados de su fuerza, exigieron grandes presentes y consideraciones, siéndoles muy difícil á sus antiguos oficiales imponer su autoridad. Cuando los agentes de Octaviano se apoderaban hábilmente de los soldados del campamento de Brindis, Antonio escatimaba su dinero y procuraba atraérselos por otros medios menos á propósito. Las consecuencias de esto fueron que durante la marcha hácia el Norte, y al llegar á Alba, una de sus legiones se declaró por Octaviano, y cuando, al llegar á Roma, se presentó en 28 de noviembre ante el Senado, pidiendo el destierro de Octaviano, que entonces se encontraba en Etruria, otra legion abandonó su servicio. Antonio consiguió tan solo una decision honorífica en favor de Lépidó, que, entre tanto, había conseguido firmar un arreglo con Sexto Pompeyo, apresurándose luego á volver á reunirse con su ejército, compuesto de cuatro ó seis legiones, para retenerlo enérgicamente y reanimarlo en la lucha contra Décimo Bruto, el asesino de César.

Décimo Bruto no solo había conseguido ganarse por completo la poblacion de su provincia, sino que con tres legiones notablemente reforzadas por nuevas levadas, combatía con éxito contra los pueblos de los Alpes. Cuando Antonio, en diciembre del año 44, regresó á la Alta Italia, arrojóse Bruto sobre la fuerte y provista ciudad de Mutina, para detener, en esta comarca cubierta de bosques, á Antonio, hasta recibir nuevos refuerzos que habían de llegarle del Oriente ó del Mediodía. Mientras Antonio preparaba el bloqueo, los asuntos tomaban en Roma un nuevo aspecto. Las públicas amenazas y la sed de sangre del cónsul habían hecho que todos los elementos del Senado, incluso los cesarianos, se unieran contra él, disintiendo únicamente los partidos acerca de lo que debería estatuirse despues de la victoria. Los antiguos pompeyanos y republicanos, dirigidos por Ciceron, y á los cuales se unió muy pronto Octaviano, querían seguir la lucha hasta aniquilar por completo á Antonio; á los cesarianos les bastaba verle humillado. A consecuencia de esto se entablaron animadas controversias, y en los debates del 1 al 4 de enero del año 43, consiguió Ciceron que, además de concederse varios honores á Décimo Bruto, á Octaviano y á los veteranos de Antonio que se habían pasado á Octaviano, este, entonces en Spoletto con cinco legiones, fuese reconocido como pretor y que se ratificase la promesa hecha por él á sus soldados de que en caso de victoria se les entregarían 5,000 denarios. Antes de estallar la guerra se envió una embajada á Antonio y se anularon algunas de las disposiciones arbitrarias por este tomadas, entre ellas la que se refería á los asuntos de Sicilia. No habiendo conseguido nada la embajada senatorial, no se declaró la proscripcion y la guerra contra «el enemigo de la nacion», como pretendía Ciceron, sino que se calificó de *tumultus* (rebelion, perturbacion de la paz del país) y se comenzó con mano enérgica la lucha. El ejército de Octaviano se presentó á mediados de enero del 43 en el teatro de la guerra, uniéndose poco despues á él uno de los cónsules del año, A. Hirtio, con una legion de vete-

ranos. Antonio poseía á Bononia, Regium Lepidi (Reggio) y Parma; Octaviano estaba en Forum Julium (Imola) é Hirtio en Claterna (hoy Quaderma ó Varignano). Largo tiempo trascurrió sin que los dos ejércitos enemigos librasen una batalla decisiva. Por último los generales del Senado se apoderaron de Bononia y de Forum Gallorum (hoy Castel Franco), á tres horas de Mutina, y acamparon en esta ciudad, muy próximos á Antonio. Entre tanto, el otro cónsul, Cayo Bibio Pansa) llegó, en marzo, con cuatro nuevas legiones. En 15 de abril se libró una gran batalla en las cercanías de Forum Gallorum: despues de un reñido combate, y de haber sido gravemente herido Pansa, el ejército de este estaba á punto de sucumbir, cuando Hirtio terció en el combate, rechazando á Antonio que, con grandes pérdidas, hubo de replegarse á sus primeras posiciones. Grande fué el entusiasmo de Roma, pudiendo al fin conseguir Ciceron que en 21 de abril el Senado declarara á Antonio enemigo del Estado. Este, sin embargo, tenía fuertemente cercada la ciudad de Mutina. Hirtio, con su habilidad, consiguió en 27 de abril atraerle en malas condiciones á una batalla decisiva, en la cual, despues de haber sido en un principio vencido, consiguió Octaviano una victoria completa, debiendo Antonio emprender la fuga con algunos débiles restos de su ejército.

X.—SITUACION DE BRUTO Y CASIO. ALIANZA DE LOS CESARIANOS EN LA GALIA. APOGEO DE OCTAVIANO

Hasta entonces Octaviano había servido al Senado, pero desde aquel punto se separó definitivamente de los gobernantes de Roma. La naturaleza misma de las cosas había de traer necesariamente algun día la separacion; pero la temeridad del Senado la precipitó. Las esperanzas de los republicanos eran grandes: de Oriente les llegaban las mejores noticias. Marco Bruto había llegado á Grecia en el otoño del año 44, atrayendo á la mayoría de los republicanos griegos á su causa, especialmente á los atenienses, consiguiendo que los estudiantes romanos de Atenas, entre los cuales se contaban el famoso poeta Q. Horacio Flaco de Venusia y el hijo de Ciceron, ingresaran en su ejército, y apoderándose, con el auxilio de Q. Hortensio, gobernador de Macedonia, de esta provincia y de las tropas que en ella se encontraban. Cayo Antonio, que desde fines de noviembre procuraba mantenerse á la defensiva de los ataques de Marco Bruto, estaba bloqueado en Apolonia, y se vió obligado á rendirse á principios de marzo del año 43. Todos estos actos fueron ratificados por el Senado, á instancias de Ciceron, concediéndose plenos poderes á Bruto en Macedonia, Iliria y Grecia.

De un modo análogo había conseguido Cayo Casio apoderarse de la provincia de Siria, que de antiguo le estaba destinada. Dolabella no pudo tomar posesion de ella, teniendo que dirigirse al Asia, en donde sorprendió (en Smirna) traidoramente á Trebonio, á quien mandó dar cruel muerte, por lo cual fué declarado enemigo del Estado. Derrotados en Mutina los cónsules del año 43, y halagadas las esperanzas de los republicanos, Casio, que tenía á su disposicion mas de doce legiones, vióse investido de poderes ilimitados en Siria, como Bruto lo había sido en su provincia, y puesto al frente de la guerra contra Dolabella. Como los gobernadores de Africa, España y Galia protestaron una vez mas de su fidelidad y sumision, creyóse en Roma segura la victoria. En efecto, además de Asinio Pollion y de Lépidó, tomábase en consideracion á L. Munatio Planco, que gobernaba la gran provincia céltica cisalpina y residía en Durocortorum (Rheims), el cual sostenía aun ardientes luchas con los rebeldes céltas, y se había hecho acreedor á recompensa por haber fundado